

# Dos lecturas de El Bosco

Sus pinturas continúan estimulando la imaginación debido a escenas de pesadilla que quizá prefiguran los temores actuales. A quinientos años de su muerte, la palabra que mejor define su obra sigue siendo “enigma”.

## EL PRESENTIMIENTO DE EL BOSCO

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

**E**

N UN DIBUJO CARGADO DE alegorías, El Bosco trazó las siluetas de un paisaje estrecho. Un árbol seco sirve al descanso de un búho y un zorro. Sobre el tronco hueco vuelan y reposan los pájaros. Detrás del tallo, una arbole-

da viva y tupida. Entre los árboles llenos de hojas, un par de orejas gigantes; frente al árbol pelón, ojos como piedras sueltas. Es innecesario el nombre del dibujo: *El campo tiene ojos, el bosque tiene oídos*. En efecto: la naturaleza de El Bosco se puebla de órganos humanos mientras el hombre se hace pájaro, piedra, rama. A la imagen, el artista agrega una leyenda: “Del espíritu mezquino es propio emplear solo estereotipos y nunca ideas propias.” Sus imágenes no pueden ser más que suyas. No calca el mundo porque enreda sus reinos. ¿Habrà usado el pincel alguien tan libre de ese lugar común que tomamos por realidad? ¿Alguien que haya logrado, como él, la polinización universal: flores injertadas en bestias, hombres dando forma a los montes, cebollas que acogen oratorios? Paradisiaca o demoniaca anulación de las especies. La imaginación de ese “creador de demonios” rompe la dictadura de los géneros y su manía clasificatoria. ¿Habrà alguna

pintura más rica en asociaciones insospechadas, en mezclas delirantes? ¿Será el suyo, libérrimo imperio de la hibridez, el dominio de lo indescifrable, de aquello que, al escapar del tópico, se resiste a lo razonable?

¿Qué vemos? Brochetas de ranas, víboras y humanos, gigantescos rodillos de espinas perforando cuerpos, diablos con panza de hoguera, un demonio con patas de gallina en la frente, doctos escarabajos con anteojos, un puercoespín violando a un hombre en el campo, un espantoso pájaro patinador con sombrero de embudo invertido del que brota una rama, de la que cuelga, a su vez, una pelota. Su pico pincha una inscripción indescifrable. La capa lleva un símbolo ominoso. Una pareja se toca amorosamente dentro de una gota de agua. Debajo de ella, el bulbo de una flor sirve de casa o de nave. Su cara se asoma por un pequeño tubo transparente al que ha trepado un ratón. Hay personas sin tallo: cabezas a las piernas atadas. Hay árboles que son madonas y a la vez capullos. Hay cuerpos que son montañas, jinetes que cabalgan sobre peces voladores. Los culos son blanco de las flechas, floreros, lienzos de una partitura. La vegetación es una catedral habitable. La frontera de lo humano, lo natural y lo fantástico se borra. Miniaturas que solo al más atento se revelan.

Uno de los grandes estudiosos del arte flamenco se declaró incompetente para descifrar la pintura de El Bosco. “El verdadero secreto de sus magníficas pesadillas y sueños está todavía por ser descubierto”,





escribió Erwin Panofsky, el erudito que dedicó su vida al estudio de la pintura holandesa. Su obra, concluyó, es demasiado compleja para mi talento. Ante ella, prefiero callar. Cees Nootboom ha querido hablar, no para esclarecer la pintura de El Bosco sino para celebrar la perplejidad que provocan sus símbolos. Ha vuelto a su pintura y ha encontrado en ella, más que la alegoría de un tiempo ido, el presentimiento de la pesadilla de hoy. El ensayista holandés entró en contacto con la pintura de El Bosco en su primer viaje a Madrid, cuando tenía veintiún años. Sesenta años después regresa al Prado, cuando el museo prepara las fiestas de su quinto centenario. El poeta ve al pintor pero también se ve a sí mismo. El octogenario reencuentra al veinteañero. No son los mismos cuadros los que contemplan. El tiempo rehace el ojo. “Ha transcurrido más de medio siglo y me pregunto si soy capaz de mirar con los mismos ojos que entretanto han visto tantas otras cosas. ¿O acaso veo otra pintura

ahora que ha cambiado mi forma de mirar? Y si eso es así para mí, ¿cómo lo perciben mis contemporáneos? ¿Acaso ven ellos la misma pintura que Jheronimus Bosch vio en su taller cuando decidió que había concluido su obra? ¿Qué tienen en común un escritor del siglo XXI y un pintor del siglo XV? Los dos proceden del mismo país, pero, ¿se entenderían hoy si pudieran conversar?” En un poema que escribió en 1989 registraba el enigma que lo acosaba al reencontrar *El jardín de las delicias*:

¿Cuándo se desprenden los cuadros  
de su pintor?

¿Cuándo se torna esa misma materia  
en otro pensamiento?

Nootboom ve presagio en los tablones y ventanas de El Bosco. Sus pesadillas están teñidas, dice, del color del miedo y de la violencia. Todas las torturas a las que sometemos a los animales se vuelven contra nosotros: hombres hervidos, destazados, puestos en conserva, empalados. Inquisidores nos persiguen, libélulas demoníacas juegan con nosotros. El hombre del que poquísimos se sabe intuyó lo que vendría o, más bien, sospechó lo que somos. El presentimiento de El Bosco del que habla Nootboom es que somos culpables, que estamos condenados, irremediablemente. Que el orden del mundo es insostenible. Y que el caos ganará tarde o temprano. “Cuidado, cuidado”, se puede leer en su mesa de los pecados capitales. “Dios te observa.” —

**JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ** (Ciudad de México, 1965) es ensayista y politólogo. Escribe en *Reforma* y sostiene el blog *Andar y ver*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

## EN UN CUADRO DE EL BOSCO: UN DISCRETO HOMENAJE

**HUGO HIRIART**

FUE EL CASO QUE cuando abandoné el refectorio de mi casa, en cuya mesa yacen restos, huevos fritos engullidos con pan y café, cuando el espacio abre poderosamente a los cuatro rumbos del espacio pues ingreso en la basílica, amplia, resonante, eché atrás la cabeza y miré la altísima cúpula que lucía emplumado curvo a lo largo de su media esfera, enorme gorro verde perico, visto desde abajo, un trabajo de arte plumario pleno de industria y magnificencia y, he de



decirlo, de paciencia, que ahora percibo, me causa no sé qué aprehensión, transformada en miedo, y en ese momento, la cúpula inopinada y limpiamente se transforma en sombrero negro visto ya a su altura, en cuya escrupulosamente plana avanza a saltos con sus patitas paralelas un gorrión... *Contención, gravedad, ante todo dignidad en la derrota*, entonó Boris Godunov con su voz de bajo profundo, pues él era el personaje tocado con el sombrero de ala ancha, *seso despejado, bay que avanzar por la estrecha senda de la virtud*, hemos de cumplir el itinerario para no sufrir peloteras o el hambre de los vasallos, *¿dónde está doña Fálfula, insensato?*... Ojos pesquisantes, labios curvados en mueca sardónica al enunciar y más que pálido, amarillo huevo el semblante... Di vuelta para alejarme y me topé con un hombre alto y bofo, de mejillas abultadas, pero ojos llenos de vivacidad. *¿Quién es usted?*, inquirí. *Me llamo Oscar, Oscar Mamutb, y necesito contarle que boy entre las 2:00 y las 2:30 de la tarde hube de permanecer de pie en medio del andén, en uniforme de recluso y esposado. Mi persona era grotesca. Al verme la gente se reía, la concurrencia aumentaba, se detenían, me miraban y reían de mí. Cuando supieron quién era, con más ganas se reían y me abuceaban, alguno trató de escupirme...* Giré y dejé atrás al humillado y fue entonces cuando empecé a situar, atrás, distante, a una silueta que avanzaba tardona, paulatina y solemne sobre el mármol de la nave. *Detente, zoquete, pudrición, gusano, escoria*, voceó el que se iba aproximando mirándome fijamente con ojos demenciados de furia insoportable, *apóstata, te has hundido en el abismo de la herejía y el fuego del infierno tiene más ansias de abrazarte a ti que el virote gandul de estrechar lúbrico a la doncella blanca y purísima, de manos tan sutiles que perderían a cualquier santo, y ya las lenguas de fuego se relamen gozosas al oír tu nombre...* La mesa está puesta, el banquete eres tú, y ya te están esperando... Toda tu generación ha sido educada por Celestino Botica, y eso la ha condenado en masa... Mira cómo el húmedo batracio de ojos esféricos engulle a ese positivista recalcitrante que dio en sostener que era solo semiinmortal el alma, y mira ahora cómo, para instrucción de toda la gente, el batracio ya ha tragado cabeza, tronco y extremidades superiores y el desdichado sacude al aire las extremidades inferiores donde pueden apreciarse sus calcetines blancos y los zapatos, informales, pero bien boleados, que el infeliz calzaba... Bruscamente distinguí que el de la voz no era otro que san Dionisio Areopagita, es decir, la silueta que avanzaba mística y pausada, hablando sin dejar de discurrir a ras del suelo aquel, de mármol de Paros, y advertí que san Dionisio se presentaba ante mí en su advocación usual de obispo de París, correctamente revestido de torero y como debe ser, acéfalo, mutilado el tronco, con la cabeza recién tajada, sangrante aún, entre sus manos delicadas de santo, que, consagrado al recogimiento y

el arrobo, no ha trabajado nunca, y aquella cabeza violentada sermonea entre las manos con voz precisa y nítida: *Proceda a sumarse a la peregrinación con andar contoneante de pingüino y rostro en discreta congoja y ejemplar gravedad... Atención, un gran espejo de cobre, vuelto hacia altamar, refleja los navíos que por abí van surcando...* Y entonces la testa eleva la voz mirándome desde su lugar con ojos en los que advertí espulgo y rencor, y dice: *En cuanto a ti, has sido medido y has sido ballado falto, el peso de tu iniquidad te bunde, Laurent Gbagbo, y va a presenciarse en este preciso día y hora punición severa contra ti, el crudo rigor de la condena te bará gemir, ¿entiendes Laurent Gbagbo?... Y, remachando este mensaje, surgió un letrero con la información escrita en lenguas de fuego, un letrero en el aire, volador, ondeando, del que era de verse la resplandeciente información: Laurent Gbagbo pederast... Yo con indignación, pero aún con mayor alarma, emprendo mi defensa declarando firme y claro que había ahí un error, que yo no era ese señor Gabgabo, Gbagbo, me corrigieron, no es Gabgabo ni Gabgobo, es Gbagbo, preste atención a lo que se va diciendo, y yo asentí y proseguí mi apología *pro vita mea* ante la sangrante paternidad, ante su señoría, descabezada autoridad y santa presencia, yo no era ese Gigbo, alegando que ya atestiguaban que ni siquiera sabía cómo pronunciar ese nombre hirsuto, que no era mío y que nunca en los días de mi vida siquiera había tenido ocasión de oír, *Cállate en este instante, pulga de mono, estás, por si no te habías dado cuenta, en el infierno, y aquí no bay errores...* Es el caso que ante esta humillante obstinación del santo perdí la contención y empecé a patalear y dar gritos: Yo no soy ese Gobagobo, no soy Guibagobo, ni siquiera tengo noticia de quién pueda ser este señor... Yo soy el señor doctor don Venustiano Montejo y Cifuentes, famoso esteta y... *Cállese ya, pata de erizo, denominación esta cuyo perfil insultante al momento no pude desentrañar, y no baga berrinche ni bailoteo que no hace más que agravar su ya comprometida, por decir lo menos, situación... Su nombre es Gbagbo y no esa mediocre cuanto repugnante apelación que terquea en atribuirse, ¿entiende?, ¿qué, no puede retener correctamente en la memoria siquiera su propio nombre, carajo?* Y cuando la testa sangrante me reprendía con esta dureza, apareció en gritería estruendosa e histórica, pero cabizbaja, la multitud doliente, todos los condenados, con aire vago, como de sombras de pájaros, con cirios encendidos en las manos, y algunos con altos y picudos capirotos de procesión solemne y detrás de ella progresaba una legión de verdugos azules, demonios, sin duda, algunos de ellos jinetes en cabalgaduras cascorvas, de tártaros, todos ellos acometían a los penitentes, fustigándolos con azotes, palos, cachiporrazos, piquetes de ojos, y allá vas, falso Laurencio Gbagbo, a sumarte, por*

ineptitud, venalidad o simple error judicial, a los condenados a los apretados infiernos que no cesan, aunque puedo aún comparecer ante el tribunal de apelaciones de Radamanto, pese a que por la corrupción y completa venalidad que corroen hasta lo profundo del esqueleto, al puerco e hijo de puercos juez nunca nadie, es preciso decirlo, ha sido absuelto ni ha logrado que se atenúe en lo más mínimo la severidad enérgica de su sentencia... Pese a que registro a lo lejos un incendio, me incorporo a los afligidos penitentes, torturado por la sorpresa y la indignada consternación de saber que aun en cosas de tanta consideración y gravedad como los eternos destinos de ultratumba pudieran darse crasos equívocos o elementales yerros burocráticos o densa corrupción... *¿Qué esperabas?, estás en el infierno, no comiendo arroz con leche, ¿eh, pazguato?*, cantó un pájaro gigantesco, ¿un martín pescador?, posado en una gigantesca y bien delineada jirafa, ¿de dónde la habrán sacado? Caer al infierno por haber sido confundido con otra persona, ¿te puedes imaginar? Y en esa mortificante contrariedad quedé ahí, marchando desolado... —

**HUGO HIRIART** (Ciudad de México, 1942) es filósofo, narrador y dramaturgo. El año pasado aparecieron *El juego del arte* y una edición conmemorativa de *El agua grande* (ambos en Tusquets). Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

